

José Agustín Goytisolo

TRES POETAS DE CUBA.

=====

Tres poetas de Cuba; y en Cuba, cabe añadir. Tres escritores de talla y cartel, de voz reconocible y reconocida dentro y fuera de su país. La mera lectura de sus versos me ahorraría escribir la presentación de estos tres hombres, y a ustedes leerla. Pero encuentro divertido, al menos para mí, montar su breve semblanza hilvanando muchos recuerdos que de ellos guardo, empleando unas veces sus propias palabras y otras veces reviviendo sus alegrías y también sus pasados tiempos tristes, pues tiempos tristes no faltan nunca a nadie, y menos que a nadie a auténticos creadores de cultura y belleza, a hombres rebeldes y apasionados.

Me veo ahora en su compañía, como en tantas ocasiones a lo largo de estos últimos veinte años, y pienso en cosas dulces y difíciles: tomar con ellos un mojito más; bailar el son; ir a visitar, ay, a don José Lezama Lima o a Alejo Carpentier o a Pepito Rodríguez Feo; discutir, asentir y disentir amigablemente con algunos jóvenes caimanes, barbudos o pelados, y con otros cuadritos entusiastas; meternos los cuatro en una fiesta de santo; recordar sin lágrimas -a ella no le gustaban- a Haydée Santamaría; sentarnos luego en el pretil del Malecón para mirar los barcos, fumarnos un tabaco, si le hubiere, y hablar de las cosas de la vida; montar en guagua y llegarnos hasta El Cerro, por si nos tropezamos con Cecilia Valdés o con la Pepa; imitar, por joder, el estilo y la voz de Neruda o Nicolás Guillén; decir poemas de Roque Dalton, todavía muerto; acabar tirados en el verde del jardín de la casa de Pablo Armando, al cuidado de Maruja, su mujer - oh, la quiero -, siempre mimándonos con sus limonadas y su pasta de fíname al horno; y decirnos que el mundo va revuelto, que estamos entre los sobrevivientes de una época de oprobio esplendoroso, que somos bonitos e inteligentes, que no pasa nada, y que aún tenemos mucho que escribir, pero nada más que hablar, y dormirnos así.

Pablo Armando Fernández es parlanchín, intuitivo y descocado, es un actor que interpreta a las mil maravillas el papel de sí mismo, y aunque es jubiloso y se emperifolla y fabula, es también hombre de profundos silencios, de caídas en la melancolía. Su poesía y su persona desbordan dignidad, la comunican; poesía y persona de muy difícil separación, pues no se sabe dónde empieza una y cuándo termina la otra. Semeja un diablo bello y burlón, un ángel extraviado, un niño malo. Poeta de tiempos de ira y de necesidad, todo es austero en su vida y en su obra: el verso fuerte, la dura castidad no deseada, la pequeña maleta voladora y una mala pensión cuando falla la casa de un amigo ausentado. Habla de cosas simples, y parece que inventa maravillas, dice nombres corrientes y la

gente descubre las palabras más bellas. Este hombre que sonríe malicioso, que reparte alegría, conoce el doble oprobio, pero nunca se duele del rencor enemigo, sinó del desamor de algunos que aseguran caminar a su lado. Nihil Obstet es el título de uno de sus poemas que hoy aquí se publican. Pero su poesía ya qué credo, me digan, alguien pudo pensar que estorbase, que obstase? ¿Y quién era el censor?

Escribir de César López emociona, porque César López es un hombre emocionante. Un hombre solo, solo con su niña Adriana y ^{CON} su viudez, solo con sus recuerdos, aunque esté en compañía de amigos y acariciando a una tímida alegría recién recuperada después de tantos años de amarguras, años en los que casi todo le faltó, menos la esperanza, una esperanza que ahora se ha ensanchado, que crece. Sus poemas son intentos lúcidos de detener, de salvar pequeñas o grandes cosas de la usura del tiempo y de la rapidez del olyido: una caricia; los ademanes y ^{garrifos de una} vecina entrada en años, gorda y estrepitosa, que intenta ^{a Patria o muerte} ligarse a un macho en una reunión del Comité de Defensa de su barrio; el sabor de un buen jugo de papaya - en Oriente se puede llamar a la papaya por su nombre, sin tener que ocultarlo bajo el elíptico disfraz de fruta-bomba para evitar sonrojos o palpitaciones íntimas a las señoritas de La Habana, porque en La Habana y en todos los rincones de la isla aún quedan señoritas, creánme, y señoritas también, y señoronas, y todas compañeras-; ^{intentos de alargai} el eco del final de un adiós o ^{de grabar en piedra} la historia de unos pantalones de España que le han durado más de doce años a todo llevar, y eso que no eran nuevos. Pero su poesía es, además, reflexión y conocimiento de un mundo muy querido, de un país hermoso y cambiante, heridor, siempre alerta como un precipitado campamento de guerra, un lugar en donde todo el mundo baila, a veces bailes bellos y otras veces algún baile de un son un tanto extraño, e incluso ^{hasta} un delicioso vals imaginario.

Yo me estaré callado, dice Manuel Díaz Martínez, y sólo quienes amen entonarán el canto que en su boca se oculta, el canto al apasionante vivir, entre recuerdos de un tiempo en que ^{el} malgastó el arroz con las palomas. Con dura y punzante dicción poética nos cuenta cómo hablaba con su madre, que sí es persona importante, y salta de una infancia en Las Villas a sus recuerdos parisinos, a la seca tos del conserje hipando por el vino, a la vaselina búlgara, a sus paseos mexicanos por El Zócalo y por las pulquerías nocturnas, siempre peleando por su tierra y su gente, siempre hablando de burlar el bloque cultural impuesto a su país, siempre tratando de reconstruir, con sus amigos, unos puentes que, en frase de Lezama que me retransmitió Eliseo Diego, nunca, nunca debieron ser destruidos.

Así son, pues, estos tres escritores cubanos, estos tres poetas que aquí presentan una cumplida muestra de su obra: gente apasionada, personas fulgurantes, hombres gastados por la vida y endurecidos por la revolución hecha poesía.